

HAY UN RÍO DEBAJO DEL PUENTE

Era una noche especialmente transitada. La gente no paraba de ir y venir. En este puente fue donde nos conocimos, donde me declaré. Parecía mentira que un solo puente juntara las dos clases sociales. Los pobres del lado derecho siempre cruzan este puente para ir a fiestas y pubs de clase alta. Y los ricos como yo cruzaban para pasar desapercibidos en cualquier fiesta triste. Me asomé por la barandilla y aprecié realmente por primera vez lo alto que era. Abajo había un río que normalmente fluía con suavidad, pero, aún así, cualquiera que cayese moriría seguro. No sería la primera vez que a alguien le pasara, entre pelea y pelea hay gente con poca suerte. Recordé cómo ella procuraba ir siempre por el medio por miedo a caerse debido a algún borracho o alguna pelea. Pasé la barandilla por encima y me puse en el borde del puente. Tenía intenciones de caer, pero, aún así, me aferraba a la barandilla tan fuerte que me dolían las manos. La gente, acostumbrada, pasaba indiferente. Solo ella había tenido el valor de intentar detener a un suicida. Única entre miles. Poco a poco iba soltándome cuando escuché: “¡Detente, no saltes!”. Me frené en seco solo para oír a la misma voz decir: “Que mancharás el río con tu sangre, imbécil, jajajaja”. Inmediatamente abandoné la idea de que fuera ella. Claro, estaba muerta. Una vez más me solté. Esta vez del todo. Cerré los ojos.

Pero, aun así, no caía.

Iván Rodríguez Alfonso, 9A